

Amin Maalouf y los árabes

El hogar abandonado

Gerardo Laveaga

A través de una prosa ágil y virada hacia la eficacia narrativa, el escritor libanés de lengua francesa Amin Maalouf se ha dedicado a recuperar las historias del orbe árabe que la cultura occidental no ha sabido aquilatar o no se ha interesado en conocer.

Aunque vive en la isla de Yeu y escribe en francés, Amin Maalouf nació en Beirut, en 1949, y es, hoy día, una de las voces que con más éxito han logrado transmitir al mundo occidental el antiguo esplendor y las frustraciones, los sueños y desencantos del mundo árabe. Su diagnóstico no podría resultar más descorazonador.

En su ensayo *El desajuste del mundo*, Maalouf parte de la premisa de que, a lo largo de la historia, su pueblo ha sufrido un ultraje tras otro. Para colmo, en los siglos XIX y XX, Europa y Estados Unidos se esmeraron en hacerlo ver como retrógrado, agobiado por su fundamentalismo sempiterno. Tantas derrotas, apunta, provocaron que los árabes se refugiaran en el pasado y en el islam, único punto de unión entre sus integrantes.

Enemigo declarado de los fanatismos, quien fuera redactor en jefe de *Jeune Afrique*, ha dedicado su narrativa a exhortar a Occidente a buscar mecanismos para integrar a los árabes al mundo contemporáneo y evitar, así, que su resentimiento progrese: “No es tanto la mordedura de la pobreza lo que los desespera”, arguye, “sino, más bien, la mordedura de la humillación y de la insignificancia, esa sensación de no tener el lugar que les corresponde en el mundo que viven, de no ser en él sino unos

perdedores, unos oprimidos, unos excluidos; y por eso sueñan con aguar esa fiesta a la que no están invitados”.

Y, ciertamente, el mundo árabe tuvo épocas deslumbrantes. El imperio omeya (633-750) y el imperio abasí (750-1258) tuvieron un papel seminal en la construcción de nuestra cultura. Su poesía, pintura y arquitectura; su medicina y sus matemáticas —nuestra actual numeración y el álgebra, para no ir más lejos—; su filosofía y sus avances tecnológicos; sus prácticas comerciales y hasta sus disputas políticas y religiosas explican mucho de lo que hoy es —y no es— Occidente.

Convencido de que la literatura puede salvar al género humano, pues permite que conozcamos al otro y que el otro nos conozca a nosotros, Maalouf ha publicado novelas que, en efecto, permiten que el lector se aproxime y hasta se identifique con el pensamiento y el devenir de la civilización árabe. Su destreza para impulsar la empatía es envidiable.

Su primera novela —*León, el africano*— refiere las aventuras de un viajero del siglo XVI; en ella Maalouf nos ayuda a recordar cuánto debe el islamismo al cristianismo... y viceversa. Alejado de manierismos estilísticos y concentrado en la eficacia del lenguaje, su estilo se re-

petirá en sus siguientes trabajos que, dicho sea de paso, han sido traducidos al español y difundidos en el mundo hispanoparlante por Alianza Editorial. Su buen tino para entremezclar papas, reyes y sultanes a los que sólo es posible descifrar a través de dos mundos sigue haciéndola la más leída y la más popular.

La que a mí más me gusta, sin embargo, es *Samarcan-da*. ¿Fue, quizá, porque la leí antes que cualquier otra de las suyas? ¿Fue porque me sedujo la figura del Omar Jayam que él perfila aquí? No lo sé. Lo cierto es que el poeta del siglo XI que logró mantener su independencia intelectual a pesar de los prejuicios y el autoritarismo de su época me impulsó a una relectura de sus versos —los *Rubaiyat*— pero, también, a adentrarme en la truculencia de la secta de *los asesinos* y en la vida de Hassan-i Sabbah, su dirigente, tanto como en las luchas políticas y militares de una zona del mundo que tenía olvidada...

Gocé, asimismo, *La roca de Tanios*, que transcurre en el escenario de los enfrentamientos que tuvieron Egipto y el Imperio Otomano. En virtud de la belleza con la que exhibió la reconciliación entre los enemigos, la novela se hizo acreedora al Premio Goncourt en 1993. “El infortunio libanés es, sin embargo, el auténtico protagonista del libro y el resorte de la acción”, escribió Paul-Jean Franceschini, en *L'Express*.

En *Las escalas de Levante*, Maalouf vuelve al imperio. Pero, ahora, a su hundimiento. Retrata la manera tan absurda en que los amantes se ven separados por la guerra árabe-israelí. De esta novela guardo un recuerdo entrañable de la hija del sultán depuesto, quien enloquece al descubrir a su padre con la garganta y las venas abiertas... En una de las recientes entrevistas que le hicieron, Maalouf confesó que su historia personal era una historia de hogares abandonados. En las páginas de esta novela se pincelan los estragos que este abandono llega a provocar en los protagonistas.

Otras veces, de modo sutil, el también ganador del Premio Príncipe de Asturias (2010) evoca la primacía que llegaron a tener sus compatriotas. Con pretexto de narrar la vida de Mani, fundador del maniqueísmo, en *Los jardines de luz* nos conduce hasta la corte de Sapor, el diestro monarca sasánida que acabó por hacer prisionero a Valeriano, el emperador romano, definiendo los límites entre dos mundos que, una y otra vez, parecían destinados a enfrentarse.

Las causas de este enfrentamiento, así como el de todos los que han marcado el devenir humano es el tema de su ensayo *Identidades asesinas*: “La tarea que me he impuesto es [...] tratar de comprender por qué tanta gente comete hoy crímenes en nombre de su identidad religiosa, étnica, nacional o de otra naturaleza ¿Ha sido así desde los albores de la historia?”.

La misma pregunta se hace en *Las cruzadas vistas por los árabes*, documentadísimo ensayo donde él mis-

mo revela que su intención es contar la historia, “tal y como la vieron, vivieron y relataron en el otro campo. Desde que llegaron los primeros cruzados a Tierra Santa, hasta que el sultán Jalil tomó Acre, los árabes siempre se refirieron a las ‘invasiones francas’”.

Otras de sus novelas son *Orígenes*, *El viaje de Baldassare*, *El primer siglo después de Béatrice* y *Los desorientados*, su más reciente entrega. Si bien Maalouf no es un escritor que se haya preocupado demasiado por las innovaciones del lenguaje y, en ocasiones, llega a recordar a los autores decimonónicos, a la muerte de Claude Lévi-Strauss, en 2011, fue elegido miembro de la Académie Française.

Hay que buscar, pues, sus méritos a través de una óptica más amplia —pero también más profunda— de lo que significa la literatura. Podríamos establecer bien logrados paralelismos con Mario Vargas Llosa. Ojalá que la Academia Sueca se anime a otorgar pronto el Premio Nobel a este libanés y, con él, a una región del mundo que, aunque despampanante, no atraviesa, hoy día, por su mejor momento. **U**



Amin Maalouf